

El poder de las mujeres

DANIEL INNERARITY

La política continúa siendo una cosa de hombres, en mayor medida incluso de lo que parece y a pesar de los números tranquilizadores que recogen las estadísticas. El dato más evidente es que, de acuerdo con los estereotipos viriles de la competencia, se exige a las mujeres lo que suele darse por acreditado en los varones. Una prueba de esta dominación es que también la lucha por la paridad está llena de lugares comunes. Cuando la presencia de la mujer en la política no se justifica en términos de igualdad sino de diferencia residencial en el género, se consagra un rol femenino que juega unas veces a favor y otras en contra de las mujeres, pero que siempre termina perjudicándolas.

Esta ambivalencia se puede comprobar en la campaña de Ségolène Royal, la candidata socialista a las elecciones presidenciales de Francia, que ha sido beneficiaria y víctima del rol tradicional asignado a las mujeres. Lo que en un principio apareció como sinónimo de renovación y espontaneidad se viene transformando últimamente, en el imaginario colectivo cuidadosamente alimentado por sus rivales, en debilidad y falta de preparación. En una sociedad en la que siguen vigentes los lugares comunes del sexismo, lo mismo que le supuso una ventaja inicial (ser una mujer) puede convertirse en su mayor inconveniente. El resultado final es que corre el riesgo de sucumbir a esos clichés, a la trampa que permite a las mujeres adornar el escenario siempre y cuando renuncien a ser decisivas.

Es muy frecuente el caso de mujeres que se hacen un hueco en el espacio público gracias a que no se presentan a sí mismas

como personas políticas y en esa medida hacen valer su proximidad a los ciudadanos. Es un tópico que manejan también esos empresarios, jueces o periodistas que de vez en cuando se presentan a las elecciones y exhiben como una ventaja su falta de profesionalidad política. En este caso, ser mujer equivaldría a estar cerca de la gente y,

por lo tanto, alejada del microcosmos de la política. Ségolène Royal, aunque se ha formado en la cantera de la que proceden buena parte de los políticos franceses (la École Nationale d'Administration) y ha sido varias veces ministra, se presentó durante las primarias como menos "profesional" que Dominique Strauss-Kahn o Laurent

Fabius y más próxima a los ciudadanos. No es extraño que su campaña se haya basado en la idea de una "democracia participativa", prolongación natural de esa sociedad civil que es el lugar reservado a las mujeres. Detrás de esto hay una manera de entender la paridad que ha pretendido promover a las mujeres definiendo la femineidad

MÁXIMO



La mano agonizante, la justicia y el amor

PRUDENCIO GARCÍA

Han pasado tres años, pero hay escenas, frases y momentos que quedan incrustados en algún lugar aparentemente ajeno al tiempo y a la erosión del calendario. La recuerdo como si todo hubiera ocurrido ayer. Ella llegó andando muy deprisa, casi corriendo, con su abrigo corto y negro, sus medias de retícula morada y sus zapatos de tacones demasiado altos para aquella hora de la mañana. Como si se hubiera arreglado para asistir a un acto de cierta formalidad, antes de que la brutal noticia modificara su plan. Al doblar la esquina de la parte trasera de la calle Téllez, topó bruscamente con la gruesa cinta de control que bloqueaba la acera con su letrero: "Policía. Prohibido el paso". Apenas a cincuenta metros de allí, uno de los trenes destrozados en aquel trágico 11 de marzo aparecía, reventado por dos explosiones, en la primera de las vías contiguas a la calle. Todos los presentes estábamos sobrecogidos por aquella proximidad.

Desconcertada por un momento, la recién llegada fue a parar al único hueco que halló entre las personas que permanecíamos ante la barrera policial, lo que la hizo detenerse a mi lado. Visiblemente contrariada por el obstáculo, se dio la vuelta con intención de retroceder. En aquel momento sentí, con acierto o sin él, la imperiosa necesidad de hablarle, y así lo hice. "Oiga. Si tiene usted un motivo serio para pasar más allá de

esa cinta, hágalo. Pase, y explíquelo a la policía. Probablemente se lo permitirán". Sorprendida por mi inesperada intromisión, se volvió y me miró fijamente. Su rostro tenso y alargado, de facciones angulosas y muy marcadas, aparecía crispado, casi desencajado. Calculé que podía tener unos treinta años, tal vez menos aún.

Ante mi sugerencia, quizá demasiado optimista, la joven desconocida respondió: "He oído por la radio que hay muchos muertos, y mucha gente malherida, tirada por el suelo, agonizando. Sólo quiero estar a su lado, cogerles la mano, decirles alguna palabra. Sólo eso. Darles un poco de calor. Apoyarles en esos momentos finales. Acompañarles. Cogerles la mano", repitió. Su voz, aunque clara, sonaba alterada por la emoción y por la carrera que la había llevado hasta allí. "Lo intentaré por la esquina siguiente", dijo con decisión, y se alejó con rapidez.

Nunca volví a verla. Pero aquella imagen, aquel rostro, aquella respiración agitada,

aquella firme decisión sobre lo que ella tenía que hacer persistieron en mi mente, y persisten aún. Ignoro si consiguió llegar hasta donde pretendía. Tal vez logró introducirse en aquel dantesco escenario formado por las víctimas que yacían sobre las vías, entre un caos de cristales rotos, trozos de vagón, vísceras y miembros humanos arrancados y brutalmente desparramados.

Deseé, con todas mis fuerzas mentales, que aquella mujer lograra superar todas las barreras interpuestas entre ella y las víctimas destrozadas por las bombas. Deseé que tuviera tiempo de agacharse junto a algunas de ellas, de retirarles los pelos pegados a la cara ensangrentada, de murmurar unas palabras en esa intimidad última junto a unos oídos cada vez más embotados, mirando muy de cerca a unos ojos cada vez más extraviados y apretando cálidamente una mano cada vez más rígida. Tal vez su rostro, el de aquella joven mujer, tal vez aquella cara pálida, tensa y crispada —tensa y

crispada por el amor— fue la última imagen que algún moribundo, hombre o mujer, joven o anciano, pudo llegar a ver. Tal vez sus palabras, su mirada, sus caricias, su sonrisa, fueron el último contacto con la vida que se iba, arrebatada por un designio criminal.

Deseé fervientemente que así fuera. Que lo lograra. Que pudiera cumplir su propósito de aportar aquel último gramo de calor humano, por unos instantes —breves pero de suprema importancia— ejerciendo en ellos como la madre, la hija o la hermana, como la esposa o la amante que hubiera querido estar allí, junto al ser querido y agonizante. Tal vez aquel rostro anguloso, aquellos ojos penetrantes, aquella voz joven y cálida, fueron el último contacto con la vida, con el calor y el afecto, el último hábito de ternura que todavía pudo penetrar en el cerebro y el ánimo de alguien a punto de hundirse en la oscuridad final.

Cogerles la mano. Decirles unas palabras. Dedicarles unas

como el suplemento de la política, como su reverso. La historiadora americana Joan W. Scott mostró muy bien de qué manera la presencia de las mujeres no se ha promovido para corregir la representación sino para cuestionarla: las mujeres vendrían a introducir la sociedad civil en la esfera política, que se supone artificiosa, profesionalizada y lejana.

Lo que han hecho los adversarios políticos de Royal es simplemente transformar esa falta de profesionalidad en vacío político e incompetencia. Al jactarse de que no tiene respuestas para todo, la candidata se ha beneficiado de la simpatía que despiertan los no especialistas, pero se ha expuesto a la sospecha de que no tiene ni idea. Lo que explicaba ayer su éxito (no ser un político como los demás, no ser un hombre e incluso no ser un político) puede ser lo que mine su credibilidad. Sería entonces presa de la trampa que permite a muchas mujeres jugar el papel de "personas corrientes" para después excluirlas como inhábiles. Aquí se comprueba hasta qué punto el paisaje de los lugares comunes que consagran, a la postre, un ventajismo masculino. Para las mujeres políticas, las condiciones que les abren las puertas del éxito pueden terminar siendo las que justifiquen su descalificación: que son, simplemente, mujeres.

Hace tiempo, resumiendo sus investigaciones acerca de la historia de las mujeres, Michelle Perrot la resumía con la idea de que la diferencia entre hombres y mujeres consiste en que sólo el hombre es un individuo, es decir, alguien cuyo género es transparente, que está emancipado

Pasa a la página siguiente

últimas caricias. Todo mínimo, insignificante frente a la inmensa magnitud de una tragedia de casi 200 muertos y 1.500 heridos, con centenares de familias destrozadas y traumatizadas. Pero esa pequeñez, esa insignificancia, ese átomo de solidaridad y de compasión es el que salva nuestra dignidad como especie, nuestra maltrecha dignidad como género humano capaz de perpetrar las acciones más inhumanas.

Una sociedad civilizada, para defenderse eficazmente contra la barbarie criminal, necesita, entre otros requisitos indispensables, policías, jueces, fiscales, cárceles, justicia, instituciones democráticas firmes, serenas y resistentes. Pero también necesita la inmensa solidaridad y el amor de unas manos como las de aquella mujer. Frente a la crueldad desalmada de los asesinos, que no nos falte el valor y la eficacia de la policía, la firmeza de los jueces y los fiscales, la justicia de los tribunales, la inteligencia y determinación de los políticos, la solidez de las instituciones. Que no nos falte esa justicia sin odio y con el obligado rigor. Pero, junto a todos estos recursos tan necesarios y esas armas tan legítimas, que no nos falte nunca el amor de esa mano, deseosa de estrechar la nuestra en ese momento de última y suprema soledad.

Prudencio García es investigador y consultor del Instituto Ciencia y Sociedad.

El poder de las mujeres

Viene de la **página anterior** de su grupo de pertenencia, que es según lo que hace de sí mismo. La exclusión de las mujeres se ha llevado a cabo impidiendo, literal y simbólicamente, esa individualización. Por eso suele ocurrir que únicamente cuando aparece en el escenario una candidata se plantea la cuestión de la identidad, porque ya se sabe que los varones no tenemos género y no somos más que un individuo. El varón tiene posibilidades de realización personal no únicamente a causa de su no discriminación, sino porque se

da por entendido que sólo él debe su valor a lo que hace y a la competencia que adquiere. En la tónica asignación de funciones, a la mujer se le atribuyen unas características que no le permiten distanciarse de su condición; una mujer, incluso la más exitosa, siempre será *una mujer* que ha tenido éxito y no —como en el caso del varón— *alguien* que ha tenido éxito.

La conclusión para el caso de la política podría ser la siguiente: las disposiciones para el acceso de la mujer a los instrumentos de representación política deben fundarse en un mero hecho sociológico (que son, aproximadamente, el 50% de la población, mientras que sistemáticamente hay un porcentaje

menor de mujeres en los puestos de responsabilidad política) y no en una supuesta cualidad esencial que vendría a remediar el desajuste provocado por los políticos. Las mujeres no están más cerca de la gente sino, por desgracia, más alejadas de la política. Las políticas de “acción afirmativa” se justifican por la mera demografía y no por una cualidad distintiva que caracterizaría a todas las políticas, más allá de las siglas de cada una. La diferencia tiene sentido para promover el acceso, no para orientar la actividad política de las mujeres. La paridad habría cumplido su objetivo cuando la actividad política de las mujeres dejara de ser algo específico y grupal. Cuando las

mujeres hacen política “de mujeres”, desarrollando unos supuestos atributos de la femineidad (cercanía, humanidad, sentido común, inclinación hacia el cuidado y la protección, sensibilidad hacia lo particular...) que son precisamente los que las han recluso en la privacidad, contribuyen involuntariamente a que se las expulse del espacio público. La renovación de la política no va a venir de que las mujeres hagan una política femenina sino de la equidad efectiva. La paridad es necesaria para corregir una disfuncionalidad que dificulta la presencia de las mujeres en política, pero no para que las mujeres hagan, en tanto que tales, *otra* política que debería ser necesari-

amente más cercana y humana.

¿Dónde reside entonces el verdadero poder de las mujeres? Desde luego que no en aquel que complementa o corrige el poder de los hombres, sino en el que puede sustituirlo. La dominación masculina puede incluso promocionar alternativas femeninas con la seguridad que no ponen en peligro el reparto de funciones que asegura su hegemonía. A lo que más tememos los hombres no es a una mujer, mucho menos si es mujer-mujer; lo que más nos incomoda es un individuo.

Daniel Innerarity es profesor titular de Filosofía en la Universidad de Zaragoza.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico:

CartasDirector@elpais.es

Andalucía@elpais.es

Bilbao@elpais.es

Catalunya@elpais.es

Galicia@elpais.es

Valencia@elpais.es

Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.com

Coll y el humor

Fue con la muerte de Camilo José Cela cuando Francisco Umbral dató el final de la generación del 98. Con la muerte de José Luis Coll, bien podríamos hacer un ejercicio parecido señalando que con él se nos ha agotado una generación que no ha gozado nunca del reconocimiento solemne de las demás. Una generación que comenzó con los maestros Jardiel Poncela y Miguel Mihura, que siguió con los hombres de *La Codorniz*, y por ahí todo seguido hasta llegar a la pareja formada por Tip y Coll. Una generación unida por la coherencia del absurdo, por el juego de desglosar significados y significantes. Una generación despojada de la seriedad que el buen humor merece y siempre tomada un poco a pitorreo por el personal, ya desde el nombre con que a ella se refieren muchos: “la otra” generación del 27.

Dicen, en fin, que la nostalgia revaloriza y la muerte renace los amores dormidos. A todos ellos, hoy tan poco estudiados y leídos, ya los llevamos echando de menos hace tiempo. Nos quedan los libros de los antiguos y los videos de los nuevos.

Bendita sea pues toda esta larga generación de genios, cuyo punto final tiene ya para siempre la forma del bombín del maestro Coll.— **Juan José Mercado Peinado**. Leganés, Madrid.

¿Están coordinados?

La semana pasada, la ministra de Medio Ambiente presentó datos alarmantes sobre la escasa eficiencia y la baja rentabilidad del uso del agua en el regadío. Este sector consume el 80% de los recursos hídricos en nuestro país y aún riega por gravedad un 35% de la superficie. Cristina Narbona también expuso que, debido al cambio climático, en 100 años disminuirá el agua disponible hasta en un 40%.

Mientras, la ministra de Agricultura acaba de anunciar que a partir de 2009 se iniciará un proceso para *programar* la expansión del regadío hasta 2013. Ante esta contradicción evidente, desde WWF/Adena nos surgen cuestiones básicas como: ¿qué agua pretende usar la ministra de Agricultura para su objetivo de ampliar la superficie de regadío?

¿Están coordinados los ministerios de Agricultura y Medio Ambiente para asegurar que los beneficios para unos, los regantes, no supongan perjuicios para otros, el medio ambiente?— **Juan Carlos del Olmo**, secretario general de WWF/Adena. Madrid.

La soledad de los saharauis

Se consuma la traición socialista al pueblo saharauí. Zapatero aprueba las tesis marroquíes y da la espalda al querido pueblo saharauí. Eso sí, apoya que el plan marroquí de autonomía sea presentado en la ONU.

¿Es que nadie le ha explicado a Zapatero que la ONU ya ha dictado varias resoluciones sobre este asunto, que sólo falta aplicarlas y que el único obstáculo para ello es

Marruecos? ¿Le ha pedido Zapatero al rey de Marruecos que cumpla las resoluciones de Naciones Unidas? ¿Le ha recordado que según Naciones Unidas no tiene ningún título de soberanía sobre el Sáhara Occidental? ¿Le ha pedido que ponga de una vez en práctica la descolonización del Sáhara como Naciones Unidas lleva 30 años pidiéndole que haga? ¿Le ha pedido que deje de reprimir, encarcelar, torturar y violar a los saharauis de los territorios ocupados, que respete sus más elementales derechos humanos? ¿Le ha preguntado dónde están los centenares de saharauis “desaparecidos” en su tierra? ¿Le ha pedido que deje de pisotear la legalidad internacional? ¿Le ha preguntado contra quién va a utilizar las armas que le acaba de vender?

¿Cómo han cambiado las cosas! ¿Qué ha hecho Zapatero de la bandera saharauí que enarbolaban orgullosos tantos socialistas? ¿Dónde la tiene escondida? ¿Hasta cuándo seguirá ultrajándola?— **Carlos Sánchez de Roda**. Pozuelo de Alarcón, Madrid.

De hombre en tránsito a una mujer emergente

Ha pasado el tiempo. Cuando nos encontramos éramos muy diferentes. Yo era un bárbaro que expresaba sus afectos a empujones, y que creía inevitable el destino de los sexos. Se podrá atenuar con que era joven, puro mimetismo del entorno. En aquel país en blanco y negro los hombres disfrutábamos de todos los privilegios, con la bendición de una moral que nos quería sumisos y callados.

Llegó el día en que tú y tus iguales comenzasteis a volar y yo, perplejo en un principio, quise entender lo que pasaba. No fue fácil, había muchos siglos encima de mis prejuicios, pero no quería quedarme atrás. Tal vez me ayudó el interés por otras causas, vivíamos en una noche negra y no se podía ser neutral sin sentir compasión por uno mismo. El caso es que presté atención y me apunté a tu lucha por la igualdad hasta hacerla mía. Hacernos más iguales significaba ganar todos.

Fue emocionante crecer juntos en la libertad y en los derechos. Pero quedaban muchos terrenos por explorar, más íntimos, más cercanos al roce y al goce, donde los lenguajes aún eran muy distintos. Yo intuía que había caminos comunes, pero a veces la fuerza de tu grito de libertad me desconcertaba haciéndome parar en el apoyo. Tuve miedo a perderme si cedía... A veces también a tu impaciencia. Pero poco a poco aprendimos a fortalecer las alianzas y a situar las divergencias.

Quiero que sepas que admiro tu juicio y tu entrega en los retos personales. Comparto la ternura que dejaste dulcemente en mis oídos y la forma en que convertes los afectos en palabras. Contigo he aprendido a gozar de lo sencillo y a cubrir de emociones el camino. Mujer, nos quedan muchas vidas. Solidariamente tuyo.— **Eduardo Zafra Galán**. Paterna, Valencia.

Nada es casual

La cita es el día 10 de marzo. Rajejo no ha encontrado una fecha

mejor. El 3 o el 4, por ejemplo, le debían venir mal. El 17 tampoco encajaba en su agenda. Quiere recuperar la dignidad del país, este país que dice que se ha rendido por culpa de un Gobierno que traiciona a las víctimas y pacta con los verdugos. A la calle el 10 de marzo, no vaya a ser que el día 11 a alguien le dé por recordar a las víctimas del 11-M y recuerde, también, la actuación de un Gobierno que mintió a todos los españoles por su afán de conservar el poder.

Hay actos que nos retratan. Rajejo y los suyos se retratan todos los días, pero esta vez se han superado. Tienen suerte que vivimos tiempos en los que la gente confunde la exigencia de credibilidad con la simple y peligrosa credulidad. Ayer, en un bar normalito, de los de barrio, el mío, pude escuchar la conversación de quienes allí estaban. Sus palabras, hijas del discurso del PP, destilaban odio. Había que tomar el Ayuntamiento, decían. Había que ir a por esos periodistas que... Odio. Hay muchas formas de *kale borroka*. Alguien debería empezar a recordar a los líderes del PP que existe una ley de partidos que, tal vez, habría que considerar de nuevo para que quienes infectan la vida de una sociedad con sus mentiras y sus incitaciones al odio recibieran el trato legal correspondiente.— **Jesús Ángel Sánchez Moreno**. Zaragoza.

Carta póstuma

En estos tiempos que corren, de correo electrónico y SMS, no es frecuente recibir cartas por correo postal—si no vienen del banco—. Es menos usual todavía que la carta sea manuscrita. Pero lo que literalmente trastornó a las compañeras del Col·lectiu de Dones de Futur de Sant Adrià el lunes pasado fue encontrar en el buzón una carta manuscrita de Josep Maria Huertas Clavería, decano de los periodistas de Catalunya, fallecido el día anterior. El sobre contenía un documento en el que el apreciado periodista apoya las reivindicaciones de la Plataforma para la conservación de las tres chimeneas de la central térmica de Fecsa-Endesa en Sant Adrià de Besòs. Todo sentimos un profundo agradecimiento a J. M. Huertas, buen conocedor de la gran Barcelona, por haber considerado dignas de su apoyo nuestras reivindicaciones.

Nos sumamos al dolor de la familia y compartimos el vacío que sienten tantas organizaciones vecinales, amigos y ciudadanos. Seguro que allá donde esté, Huertas, encontrará la felicidad de las personas honestas. Ahora tene-

mos un nuevo, pero a la vez triste, motivo para reivindicar las tres chimeneas: Huertas también las quería. Tendremos un recuerdo muy especial para ti y sentiremos que estás con nosotros cuando hayamos conseguido —con tu ayuda, ¡cómo no!— la conservación de las chimeneas. Gracias, Huertas.— **Roger Hoyos**, miembro de la Plataforma per la conservació de les tres xemeneies de Sant Adrià de Besòs.

Depende de usted

“El Madrid de nuestros hijos depende de todos nosotros. Ayuntamiento de Madrid”. Ésta es la última frase publicitaria con que el equipo de Ruiz-Gallardón nos bombardea para mayor gloria de sus inmensas obras.

Tengo dos nietos de uno y casi tres años que ¿viven? en Madrid, en el paseo de los Melancólicos, frente al solar que es una especie de almacén general de materiales de las obras de soterramiento de la M-30: 24 horas al día, siete días a la semana, entrada y salida de camiones, movimiento permanente de materiales y maquinaria pesada, contaminación y suciedad extrema que impide abrir puertas y ventanas...

Pero sobre todo, graves problemas de salud: mis nietos se ven obligados a ir una media de dos veces al mes al médico por catarros y problemas respiratorios. Los médicos dicen eso de “claro, viviendo donde viven...”. Pero cuando les pides que pongan eso por escrito, todos dicen: “Eso no lo podemos hacer” (debe de ser el *síndrome Lamela*).

Mis hijos tenían la esperanza de que al finalizar las obras de la M-30 se acabaría el suplicio y, con un poco de suerte, los dos niños se recuperarían de los problemas, pero ahora resulta que el solar en cuestión no va a ser una de las “zonas verdes a recuperar”: ha sido bendecido con *el ladrillazo*. Cuando deje de ser almacén general, se construirán en él dos torres de más de 20 pisos y un hotel de cinco estrellas. Es decir, que durante unos años más (¿tres, cuatro, cinco?) mis hijos y nietos seguirán disfrutando de una contaminación insostenible.

El Madrid de nuestros hijos y nietos no depende de todos nosotros; depende, para su desgracia, del señor Gallardón y los suyos, a quienes hago responsables de su salud y a quienes llevaría inmediatamente a los tribunales si hubiera médicos capaces de poner por escrito lo que diagnosticar verbalmente.— **Antonio Darriba García**. Madrid.